

5

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



AGUAS PROHIBIDAS

POR
Priscilla Dean, Walter Mac Grail, etc.

Nº 110

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 7:9. - Barcelona

Año III

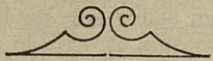
N.º 110

FORBIDDEN WATERS 1926


Aguas Prohibidas

*Entretenida comedia americana, interpretada
por los grandes artistas*

Priscilla Dean y Walter Mc. Grail



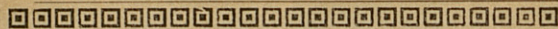
Producción PRO-DIS-CO



Distribuida por

JULIO-CÉSAR, S. A.

Aragón, 316, Barcelona



AGUAS PROHIBIDAS

Argumento de la película

Celia Lee, era una muñequita morena, graciosa y coquetuela para la que no existía en el mundo más ley que su capricho, aun cuando ahora estuviese satisfechísima de otra ley escrita: la del divorcio, que le había permitido ¡por fin! deshacer el lazo que la unía al *aborrrecible* Agustín Bell, un rico ocioso, sin voluntad, un buen señor que no había inventado la pólvora, ni poseía otro título *académico*, que el de marido de Celia Lee.

Y ahora intrépida, con el volante entre sus manos delicadas corre en su *auto*, con excesiva velocidad, hacia el domicilio conyugal, llevando en su bolsillo un flamante certificado de divorcio, que acaba de conseguir; disfrutando por anticipado, al pensar en la cara que pondría su marido ante el papelito trascendental.

Tras unos árboles en una encrucijada que

corta el camino, está en *auto* un policía de carreteras, que oculta la marcha veloz de su coche, bajo el ficticio capot de un Ford y disimula su propia condición, merced a una barba postiza y a un disfraz ad-hoc.

El agente viendo la contravención manifiesta de la ley, pone el motor en marcha y se lanza en seguimiento de aquella nueva reina del volante. Vuelve Celia la vista atrás y sonríe desdenosa: ¡es un Ford! Pero pronto se pinta en sus facciones la sorpresa más enorme, al ver que aquella tortuga con ruedas, la deja atrás, se cruza en su camino y la impide el paso. El extraño conductor, alza el mohoso capot y Celia lo comprende todo: ¡es un Fiat!

Pero ¿qué pretende aquel hombre? ¿Será un bandido? ¿Querrá su bolsa?

El incógnito se entrega en tanto a una maniobra extraña. A un leve tirón, cede su barba postiza y queda al descubierto su rostro socarrón e inteligente. Los harapos desaparecen y luce en su lugar el uniforme y la placa, tan conocidos de los desgraciados automovilistas recordmans de la fiebre fugitiva.

—¡Qué susto me ha dado usted! Creí que era un bandido.

El policía en vez de contestarla, saca del bolsillo del pecho su carnet, y estilográfica en ristre, empieza a anotar las características del coche, con una parsimonia completamente anglo-sajona.

—¡Estoy cazada!—piensa Celia.

—¿Cómo se llama usted?

—Celia Bell—es decir, ahora me llamo Celia Lee, porque acabo de divorciarme.

El policía sigue escribiendo.

—Supongo—exclama Celia empezando a inquietarse seriamente—que no arrestará usted a una pobre mujer que acaba de quedarse sin marido...

—¿Dónde vive usted?—dice el agente por toda respuesta.

Celia le mira atontada.

—¿Que dónde vive usted!—repite el otro.

—En Santa Bárbara.

—¿Y dónde lo ha perdido usted?

—¿A quién?

—A su marido.

—¡Ah! Ayer en Reno, en el tribunal de divorcio.

—Bueno; como usted marcha a más de cuarenta kilómetros por hora...

Celia abre los ojos desmesuradamente y pone su boca en forma de interrogante.

—...no puede regresar a casa sin comparecer ante otro tribunal, ante el Juzgado Municipal.

De nada valieron las súplicas de Celia, y la nueva viuda se vió obligada a hacer marcha atrás y seguir a su carcelero.

* * *

Agustín Bell se encuentra en su despacho, entregado a su habitual ocupación de *no hacer* nada.

De pronto sus ojos atónitos se fijan en un

suelto de un periódico y lee verdaderamente sorprendido:

“El Tribunal de Divorcio de Reno, ha aprobado el divorcio del opulento matrimonio Bell, por incompatibilidad de caracteres. La señora Bell recobra desde ahora su nombre de soltera: Celia Lee.”

Una alegría ruidosa, infantil, se apodera de Agustín que empieza a dar cabriolas por la estancia.

Cuando mayor es su júbilo, acierta a entrar Ted Pringle, íntimo amigo de los Bell.

—¿Qué quiere decir esa risita tan ingenua, amigo mío? ¿No sabes que tu mujer ha conseguido ayer el divorcio en Reno?

—¡Pues por eso, hombre, por eso...! ¿No he de reirme si acabo de recuperar mi libertad?

—No te entiendo, querido. Estuviste luchando cuatro años para conseguir casarte con Celia y ahora la pierdes tranquilamente en tres meses...

—¡Tranquilamente y archicontentísimamente...!

—Deberías estar más preocupado. Un divorcio, no es un motivo de alegría. Tu hogar queda destruido...

—Mira, Ted: ahora soy libre ¿verdad? ¿Completamente libre? ¿Pues, viva el divorcio! ¿No volveré a casarme jamás!

Y oprimiendo el botón del timbre, añadió: —¡Ahora vamos a beber por mi libertad recuperada!

En aquel momento entró su ayuda de cámara.

—Señor, un telegrama.

—A ver. Trae acá—y cogió el papelito misterioso.

Su cara dejó traslucir tan cómica sorpresa, tuvo gradaciones tan rápidas en gestos, que Ted preguntó impaciente:

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué dice ese despacho?

Agustín por toda contestación alargó a su amigo el telegrama y se dejó caer desconcertado en su butaca.

Ted Pringle leyó:

“Agustín Bell, Santa Bárbara. California.

Estoy detenida ante el Juzgado por exceso de velocidad y la vista se celebra mañana. Espero que harás algo por mí.

Celia.

—Supongo que irás a la vista. No puedes faltar—dijo su amigo.

Pero éste quiso aparecer a los ojos de Ted como un feliz despreocupado, al que no interesaban en absoluto las contrariedades de su ex mujer y contestó sonriente y encogiéndose de hombros:

—¿Yo? ¿Y a mí qué me importa? ¡Mira, mira lo que hago yo con este papelito...!

Y lo rompió en pedazos menudos arrojándolo con desdén sobre la mesa. Después dirigiéndose al gramófono, que se aburría linda-

mente en un rincón, puso un disco, le dió a la manivela y llenó el ambiente una marcha estrepitosa, un jazz alegre y bullicioso, como si todos los cocineros de la tierra se hubiesen vuelto locos de repente.

Aprovechándose del ruido y de una distracción de Ted, se acercó al viejo servidor, que le sufría a perpetuidad y le dijo al oído:

—Tome usted billete y cama para el tren de la una y no se olvide de despertarme.

* * *

La sala del Juzgado Municipal estaba repleta de demandantes, demandados y curiosos.

Celia ocupaba la barra y respondía agitada y nerviosa a las preguntas del juez, un hombre simpático, de blanca pelambreira revuelta y ojos inteligentes e inquisidores.

—Cien dolares de multa o treinta días de prisión. Quizá ambas penas.

—Pero, señor juez, yo soy una pobre viuda que viajaba sola... Espere a que llegue mi marido a quien he telegrafiado.

—¿Es usted viuda y telegrafía a su marido?—interrogó el funcionario con cara de asombro—. ¡Ah, vamos! ¡Será usted espiritista!

—No, señor: soy divorciada... Me divorcié ayer en Reno... Mi marido aun no lo sabe. Me dirigía a comunicárselo, cuando...

—Bien, señora, esperemos a su marido, pero si no llega antes de terminar la sesión, dictaré

sentencia. ¡A ver, que comparezca Nuget Pete y sus demandados!—dijo el juez, cuando se hubo retirado Celia.

En un banco cercano estaba sentado Nuget Pete, un hombrecillo enclenque, raquítico, poseedor de una cara extrañamente difícil y de un par de pistolones enormes embutidos en sendas fundas de cuero sujetas al cinto. Aquel hombre, aunque no lo pareciese a primera vista, poseía una mina que valía un millón de dólares.

Incorporóse al oír su nombre y se dirigió a la barra, a tiempo que hacían su entrada en la sala de audiencia, Silvestre y Rubí Standish, una pareja de cuidado, que seguramente no se llamarían así. Ambos vestían con elegancia estudiada y de buen tono. Rubí, era una rubia espléndida, dueña de unos ojos acariciadores y propietaria de una boca menudita, que tenía la preciada cualidad de saber reír a tiempo. Silvestre parecía un adolescente disfrazado de persona mayor.

Acercóse Pete a la mesa y dijo al juez en voz baja:

—Mucho ojo con esos pájaros, Harry: son aves de rapiña.

Empezó el interrogatorio y el minero reprodujo los extremos de su demanda, manoteando furioso y dirigiendo miradas incendiarías a los hermanos Standish.

—Yo contesté a un anuncio matrimonial de esta señora, que deseaba casarse con un hombre culto, elegante y de posición...

Y al decir esto erguía su cuerpecillo enteco, mientras los circunstantes, incluso el mismo juez, apenas podían contener la risa.

—Ella y su hermano me visitaron, me sacaron los cuartos, y por último trataron de envolverme en una estafa.

Los hermanos, no sin cierta zozobra, esperaban el resultado de aquel acto, en que indudablemente peligraba su libertad, y como sus ojos no perdían de vista a su denunciador, espiando sus menores movimientos y no perdiendo una sola de sus palabras, cuando Pete exclamó golpeando en la barra con ambas manos:

“Señor Juez, yo tengo cartas que prueban claramente todo cuanto digo” los ojos de Silvestre y Rubí se fijaron en un paquete de cartas, que asomaban por uno de los bolsillos del chaquetón del grotesco personaje, y el *hermanito* con una ágilidad y una destreza en el arte, que más de un *consagrado* le envidiaran, extrajo del bolsillo los papeles comprometedores y se los entregó disimuladamente a su hermana. Rubí, que era tan hábil como su compinche, los ocultó sabiamente en la caja secreta de la mujer: en el pecho.

—Yo tengo esas cartas—repetía Nuget—mientras registraba no ya el bolsillo ex guardián del testimonio de sus palabras, sino uno a uno todos los bolsillos de su raída vestimenta.

Su sorpresa, su cólera, no tuvieron límite, al constatar su desaparición, y sospechando la verdad, se encaró furioso con Silvestre, gri-

tándole amenazador mientras echaba mano a sus pistolas:

—¡Dame los papeles que me has robado o no respondo de mí!

Fué precisa la intervención del argos de la ley, para que aquella escena no degenerase en tragedia, pues Pete parecía dispuesto a recuperar su talismán a tiros.

Llamado por el juez, acudió un alguacil que registró concienzudamente a Silvestre... y claro; no encontró nada...

—En vista de que el demandante Nuget Pete ha perdido sus papeles y no puede presentar prueba alguna, la acusación queda retirada. ¡Que comparezca la señora Lee!

Los dos hermanos salieron triunfantes de la sala, no sin dirigir una mirada burlona al pobre Nuget Pete, que continuaba asido con ambas manos a la barra, como si aquella fuese la única tabla de salvación en la agitada tormenta de su espíritu.

Y en esta postura hubiera seguido indefinidamente si el magistrado no le hubiese hecho notar que otra persona esperaba su lugar.

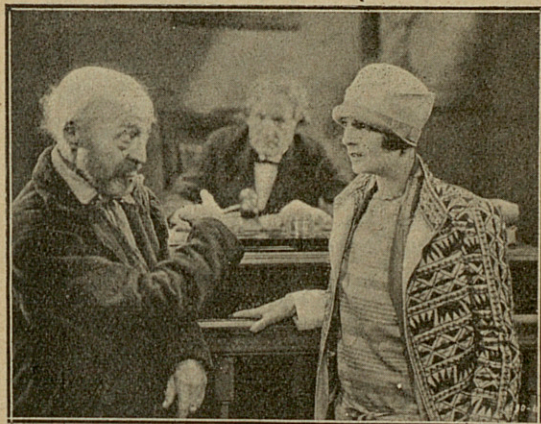
Volvióse el minero hacia Celia que había acudido al llamamiento, y que no perdió ni un solo detalle de la anterior escena, diciéndola intencionadamente:

—Señora, si usted quiere justicia aquí, procure que no le roben las pruebas ante el mismo juez.

Estas frases produjeron el consiguiente alboroto y la indignación del juez y el gong de

silencio vibró imperioso, bajo el martillo presidencial.

.....
Sigamos por un momento a la pareja Standish. En el momento de salir y cuando ya ha-



—Señora, si usted quiere justicia aquí, procure que no le roben las pruebas...

bían subido en su *auto* para dirigirse a su morada, llegaba jadeante frente al juzgado el ínclito Agustín Bell, con su maletín de viaje en la mano diestra.

—Ese es Agustín Bell, cuya mujer acaba de conseguir el divorcio.

—¿Agustín Bell?

—Sí. Un millonario que acaba de divorciarse y que me parece un perfecto imbécil. Vamos a ver si cae...

Y emprendieron la marcha trazando un plan hábil para incautarse de los millones de Agustín.

* * *

Iba ya el juez a ordenar el arresto de Celia, por no poder ésta de momento entregar el importe de la multa, cuando Bell entró en la sala y se dirigió sonriente hacia su esposa.

—Has llegado tarde, una vez más—le dijo ésta.

—Hija mía, yo no manejo los trenes. Sin embargo, Celia, te perdono... una vez más.

—Bueno, pero a todo esto, ¿quién es este caballero?—preguntó el juez amoscado, al ver que ni el uno ni el otro hacían caso de él.

—Es mi marido, es decir, el que era mi marido. El pagará la multa, señor Juez... porque tú pagarás los cien dólares para que yo no vaya a la cárcel ¿verdad?

Y Agustín pagó. ¿Qué iba a hacer? Porque aunque ya no era marido, no por eso había dejado de ser caballero.

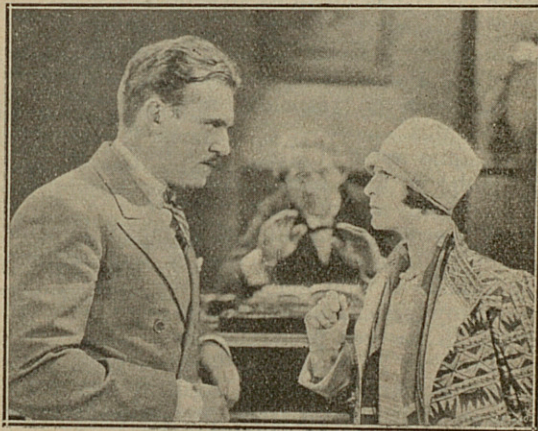
—Pagada la multa, tienen ustedes que dejar aquí en suspenso, por diez días, la licencia del auto.

Vaciló ella un momento, por llevar a alguien la contraria, pero Bell intervino amabilísimo:

—¡Déjale la licencia al simpático señor juez!

Salieron del juzgado y Celia le dijo iracunda a su ex marido:

—Si tú me hubieras amado un poco, no



—Has llegado tarde, una vez más.

hubieras permitido que ese odioso juez me atropellase de esa manera.

—¡Oh! Si tú hubieses sido mi esposa, hubiera afrontado hasta la cárcel...! Pero ahora no somos más que dos buenos amigos.

* * *

Un mes después de aquel suceso, Celia Lee estaba instalada en su casita de soltera en Santa Bárbara, en donde recibía periódicamente las visitas de su ex marido.

Agustín Bell no podía pasarse mucho tiempo sin visitar a Celia y un día como otros muchos llegó a su casa en el momento en que ella se entretenía en respaldar numerándolos varios retratos.

—¿Cómo estás, Celia?

—¡Oh! yo muy bien. ¿Y tú?

—Yo estoy ahora perfectamente.

Los dos mentían y aunque trataban de ocultárselo mutuamente, el caso es que seguían enamorados el uno del otro.

—Estoy solicitadísima —dijo Celia—. He desechado ya tres pretendientes.

—Pues yo no pasa día sin que reciba peticiones de mano—exclamó Agustín con petulancia—. Mira, mira, tres preciosidades, que están locas por mis pedazos—y le enseñó tres retratos que guardaba en su bolsillo.

Mientras ella contemplaba las beldades dretidas por Bell, éste, mirando por encima del hombro, vió sobre la mesa una tarjeta de invitación concebida en los siguientes términos:

“La señorita Rubí Standish y su hermano Silvestre invitan a la señorita Celia Lee a una velada musical, que tendrá lugar el jueves por la noche.”

—Veo que tienes la invitación para la velada de los Standish. ¿Vas a ir?

—No, no iré. Son unos desconocidos.

—Pues yo quiero ir. Ella es una mujer muy hermosa.

Fijó ella una escrutadora mirada en Agustín que añadió:

—Siento que no vayas. Es una mujer muy inteligente, que te distraería.

Tantas alabanzas en un hombre tan apático llamaron la atención de Celia, despertando sus celos con tal fuerza, que en cuanto hubo salido Agustín Bell de su casa se dirigió al teléfono y estableció comunicación con el de los Standish.

—¿La señorita Standish? Felizmente tengo la noche libre y asistiré con mucho gusto a la velada musical.

* * *

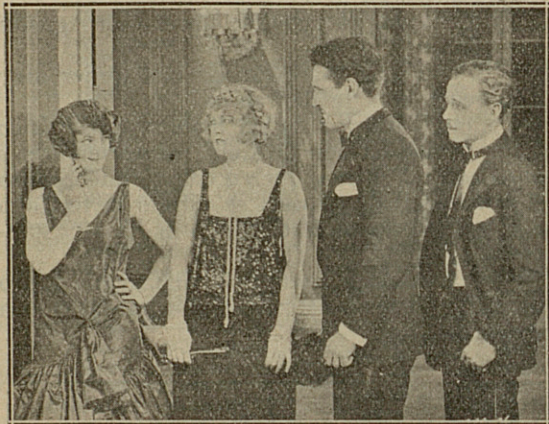
Acababa Rubí Standish de comunicar con Celia cuando entró Silvestre.

—Una buena noticia—le dijo Rubí—. La esposa vendrá esta noche.

—Qué sorpresa tendrá Agustín Bell, al ver a su mujer celosa.

—El plan va saliendo admirablemente Agustín Bell caerá esta noche y se casará conmigo.

Y llegó la noche y cuando la fiesta estaba en todo su apogeo y Agustín sentado al lado de Rubí se comía a ésta con los ojos, apareció en la puerta del salón la preciosa figura de Celia



—¿Usted conoce al señor Bell, por supuesto?

Lee, que frunció violentamente el entrecejo al ver tan amartelado a su antiguo esposo.

Acudieron éste y los Standish a su encuentro y tras las presentaciones de rigor, dijo con retintín Rubí:

—¿Usted conoce al señor Bell, por supuesto?

—Sí... Algo. Y a usted también me parece que la he visto alguna vez...

—Creo que no, como no haya sido en el Sur...

—No, no. Recuerdo haberla visto a usted en alguna parte sin haber sido presentada...

—No es posible. Nosotros no hemos vivido, hasta ahora, más que en el Sur, en Florida...

Completamente alelado entre sus dos mujeres: la pasada y la futura, Agustín Bell no se atrevía a despegar los labios, ni a tomar iniciativa alguna y así, las dejó hacer, cuando tras colgarse de su brazo derecho Rubí, hizo lo propio en el izquierdo Celia.

Entre ambas, disputándose su conversación—¡el que apenas sabía decir!: ¡cómo está usted? ¡bien y usted? bien gracias—le llevaron hasta un diminuto sofá, en el que difícilmente cabían los tres, obligándole a sentarse entre ambas humanidades tentadoras.

Los camareros con las bandejas de viandas, llegaron en aquel momento y a poco, sobre las rodillas de cada invitado, campeaba un platito de dulces.

Silvestre se había sentado en una silla al lado de Celia, procurando distraerla con su charla, para que Rubí tuviera ocasión de poner en práctica sus argucias de cazadora de dotes.

Como buen incauto, Agustín Bell no supo ver la trampa y él mismo se precipitó en ella.

Silvestre, mientras su hermana apretaba el cerco, y ensayaba sus sonrisas más seductoras

llegando hasta la insinuación directa con las manos, trastornando al imbécil millonario a pesar de los repetidos pellizcos con que le obsequiaba su ex mujer, fué a buscar a un pretendiente platónico de Celia y cuando vió a ésta entretenida, se levantó sin hacer ruido y después de hacer un guiño convenido a Rubí, se dirigió hacia una de las puertecitas que conducían al jardín.

La Standish se decidió a obrar. Fingiendo admirablemente una indisposición súbita, manifestó deseos de ir a respirar un poco el aire fresco de la noche. Agustín, siempre ingenuo preguntó solícito:

—Parece que hace calor, ¿verdad?

—Sí... y además me encuentro algo mareada...—dijo Rubí.

—Pues yo creo que está esto muy confortable—intervino Celia, que preveía el final, como buena mujer celosa.

Pero su contestación no encontró eco. Rubí y Agustín se levantaron a un tiempo, dejando sus platos de dulces sobre las rodillas de Celia, que con aquel cargamento, no pudo seguirles en su huida.

La pareja traspuso la puertecilla y se adentró en el parque, aunque no a muchos pasos, pues Rubí se detuvo de pronto, envolviendo a Bell en una mirada de fuego.

Silvestre, seguro del triunfo, se acercó desde el salón a la puerta y haciendo todo el ruido posible, se dispuso a abrirla. La de Standish que esperaba la señal, rodeó, al oírle, con sus

brazos el cuello de Agustín, de modo que al abrirse la puerta, aparecieron ante los ojos atónitos de los invitados, abrazados estrechamente el ex marido y su futura. También los vió Celia, y temblando de rabia, de celos y de despecho, fué hacia ellos decidida; los invitados al ver aquella escena de un atrevimiento de mal gusto, empezaron a desfilar haciendo ostensible su desaprobación.

—¡Es una manera demasiado original de anunciar un matrimonio!—decía una señora estilo imperio, que no llevaba a sus hijas al cine *porque es muy atrevido*.

—¡Qué descaro...!—comentó un viejo verde, que ajustaba nervioso su monóculo para ver mejor...

En tanto Celia llegaba al grupo formado por los tres protagonistas de aquel *vaudeville* trágico-cómico, a tiempo que Rubí decía a su hermano en voz alta, de modo que la oyesen hasta los sordos:

—¡Nunca he estado tan emocionada como hoy, hermano mío, pero soy tan feliz!...

Y los dos *hermanitos* se alejaron cogidos del brazo, dejando al antiguo matrimonio frente a frente.

Al quedar solos, exclamó Celia fuera de tino:

—¿Pero no ves, Agustín, que esos dos hermanos son dos granujas que tratan de cazarte? Hace poco trataron de robar al viejo minero Nuget Pete y ahora te quieren despojar a ti.

—Celia, no es propio de ti lanzar absurdas acusaciones contra ...una rival.

—¡Rival! ¡Qué ilusiones! ¡Yo no te llevaría a casa aunque me tocases en una rifa!

—Bueno, si no te parece bien rival, digamos... tu sucesora.

—¡Imbécil! ¿Pero no ves que todo esto no es más que un complot para hacerte casar con ella?

—Si la señorita Standish cree que estamos ya comprometidos ante la sociedad, mi condición de caballero no me permite otra cosa que casarme con ella.

—Eres un idiota, Agustín. Caerás neciamente en el lazo y te darás cuenta demasiado tarde.

—Basta, Celia, yo no puedo admitir discusiones sobre mi futura mujer, en público.

Y verdaderamente indignado al decir ésto, dejó a Celia con la palabra en la boca y se marchó jardín adelante.

Su ex mujer adoptó la resolución de irse, pero jurándose en su fuero interno, que impediría a todo trance aquella locura inconcebible.

Una vez solos, libres de importunos, los Standish comentaban jocosos:

—Todo marcha felizmente, ¿verdad?

—Hombre... sí y no. Celia está muy celosa y temo que nos dé algún disgusto.

* * *

Para salvar a su ex-marido, Celia apeló a todos los recursos.

Empezó por dirigir el siguiente telegrama al sheriff de Colina:

"Hon. Peter Simons.

Colina. California.

Avise a Nuget Pete venga en seguida. Los apaches Standish tratan de robarme el marido. Esta es la ocasión de conseguir venganza y justicia.

Celia Bell."

.....

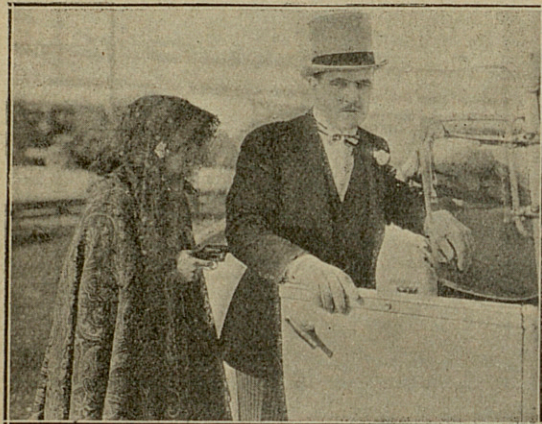
En el camino de la residencia de los Standish, la casa que han alquilado y habitan desde hace dos meses, hay estacionado un *auto*, con un conductor bastante extraño. Viste atavíos de beata madrugadora y oculta su rostro bajo un espeso velo.

Agustín Bell acude en su *auto* a visitar a su amada, que en compañía de su hermanito espera ansiosa su llegada desde uno de los balcones de la finca.

Para el *auto* ante la verja del parque, y cuando Bell se dispone a franquearla, el incógnito o la incógnita chofer le invita revólver en mano a volver atrás.

Alza Agustín los brazos al cielo y obedece deferente a tan *amable* requerimiento.

Hinoptizado por el cañoncillo amenazador, sube a su propio *auto*, empuña el volante y se-



...le invita revolver en mano a volver atrás.

gún las órdenes que se le dictan, se dirige a un atracadero del muelle, en donde, siempre bajo la presión del miedo, embarca en una gasolinera, que desaparece rauda entre un torbellino de espumas.

Silvestre y la rubia seductora han presenciado el rapto llevado a efecto ante sus propias narices y no pueden salir de su estupor.

Pasado el primer momento de sorpresa, él corre en seguimiento de los fugitivos y llega al embarcadero, en el momento en que éstos han iniciado el viaje.

—¿Sabe V. dónde se han dirigido?—pregunta a un marinero.

—Al Japón.

—¿Al Japón, en una lancha?

—¡Ah! Creí que se refería V. al vapor que acaba de zarpar...

—¡Maldición!

—Lo mejor que puede V. hacer es esperarlos aquí, no pueden haber ido muy lejos.

* * *

No muy distante de la ciudad, en el centro del golfo, existía un islote, rodeado de lo que se llamaba oficialmente las "aguas prohibidas", por estar terminantemente vedado el acercarse a él en tres millas a la redonda.

Hacia allí puso la proa la gasolinera y en él desembarcaron Celia y Agustín, siempre amenazado éste por el cañón reticente del revólver.

En el islote había una barraca de madera, que era club de cazadores de patos, y de ahí la prohibición de navegar por aquellas aguas. Era un vedado de caza, sencillamente.

Una vez dentro del barracón y mientras Bell miraba a todos lados con asombro, el in-

cógnito raptor fué despojándose de sus extrañas vestimentas y apareció ante los ojos asombrados de Agustín... ¡Celia, su ex mujer en carne y hueso!

Rió él un momento, ante la sorpresa y exclamó poniéndose serio de repente:

—Bueno, ¿pero, puede saberse cuál es el objeto de esta excursión marítima?

—Nada más que evitar la funesta majadería de que te cases con la apache rubia... Aquí no te aburrirás. He invitado a Nugget Pete y sus escopetas a una partida de caza. Tú también estás invitado. En estas aguas hay buenos patos.

Quiso él protestar y hasta intentó dirigirse hacia la puerta, pero ella esgrimiendo siempre el arma mortífera le dijo señalándole la cabeza.

—Quítate ese sombrero; quizá haya dentro de él algún conejo.

Obedeció Bell presuroso, y aun cometió la inocentada de mirar si había algo entre el forro y el castor.

Rieron ambos la broma y ya resignado Bell, desarrugó por completo el ceño y aceptó paciente la situación.

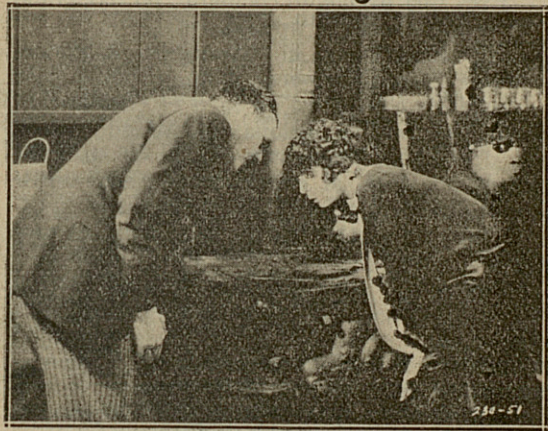
En uno de los extremos de la estancia había un hornillo. Celia, precavida—¡mujer al fin!—había llevado algunas fruslerías para preparar el te. Pero carecía de ingredientes para encender el fuego y dijo:

—Haz el favor de una cerilla.

Buscó él por todos sus bolsillos y por fin

en el del chaleco encontró un encendedor, que como todos esos artefactos, no se encendía hasta el último golpe y resistió a todos los intentos.

Por fin en un bolsillo halló un fósforo, ¡el único!... Rascó en el fogón y consiguió que



...y encendieron la lumbre.

saltase encendida la cabeza, no sin quemarle antes los dedos. Ya desesperaban de lograr su intento y veían el te convertido en brebaje fantástico, cuando observaron, con la natural alegría, que el hornillo echaba humo. La cabeza del misto había ido a caer sobre unas pañuelas. Acercáronse a la boca del fogón y du-

rante unos segundos, sus pulmones, al unísono actuaron de fuelle... y encendieron la lumbre.

Al poco rato habían deglutido el tente en pie. En el delicioso momento del te, Agustín Bell, hombre de buen apetito y pacíficas digestiones, se sentía siempre satisfecho.

—Eres una excelente cocinera; no hay como el mar para abrir el apetito.

Y desabrochándose el chaleco, fué a tenderse sobre un sofá desvencijado, disponiéndose a encender un veguero, y sacó el encendedor.

Celia le miraba burlona, recordando la escena del fogón, pero para chasco de su socarronería maligna, al caprichoso encendedor le dió por dar luz y calor al primer envite y Agustín sonrió satisfecho por aquella burla del dios fuego.

Terminado el cigarrillo, Bell levantóse, arregló el desarreglo de su traje y se dispuso a marcharse.

—Bueno, ahora que la excursión ha terminado felizmente, yo me voy a casa.

—Te será algo difícil marcharte. Estamos en una isla. ¿Como no te vayas a nado!...

Bell, desesperado se dirigió hacia la puerta...

* * *

Entretanto, Silvestre había conseguido ablandar el corazón del marinero o por lo menos su

bolsillo y pudo saber a donde se habían dirigido los fugitivos.

—Sólo se lo diré por cien dólares.

Pagó resignado la prima, y, ya dueño del secreto, volvió en busca de Rubí.

—¡Tú serás la esposa de Agustín Bell, antes del mediodía — la dijo convencido.

.....
A aquella misma hora, Bell, que había llegado hasta la playa, descubrió en una barca a los guardias de la isla, que distraían sus ocios disparando sobre los patos.

Los llamó a gritos y cuando salieron del fondo de la barca les gritó:

—Yo quisiera salir de este islote... ¿Me llevarán ustedes a la isla vecina?

—Sí, pero antes díganos ¿y aquella mujer que vino con usted, dónde está?

Y el que había hablado, un ridículo hombrecillo de cinco palmos y medio, exclamó dirigiéndose a un compañero, un hombretón gigante de rostro patibulario.

—Hermano Bill, me parece que aquí se ha cometido algo que es necesario dejar arreglado.

—Vamos a enderezar este entuerto—contestó el otro.

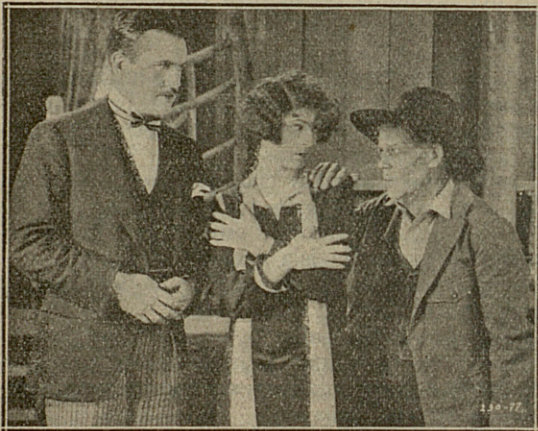
Y empujado por los cañones de las escopetas, volvió a hacer Bell el camino trágico de la cabaña.

Celia los vió llegar, y apresuradamente recurrió a una astucia y preparó hábil la solución del entuerto. En unos segundos, enmarañó

su pelo, descompuso sus vestidos, pronta a representar *dignamente* su papel de víctima.

Ya dentro de la estancia el hombrecillo se dirigió hacia ella y la dijo, al verla llorosa y compungida:

—No se apure V., señora; problemas más di-



—No se apure usted, señora; problemas más difíciles he resuelto yo.

fíciles he resuelto yo. Este granuja la ha ultrajado y se niega a darle la reparación debida...

—Pero si yo...—quiso decir Bell.

—Cállese... sátiro... Vigila tú, hermano, mientras yo voy en busca de un pastor.

Y salió de la barraca, llegando a la orilla del mar, en el preciso instante en que arribaban al islote los Standish, en compañía de un reverendo protestante.

—Llega usted como llovido del cielo, señor Pastor.

—¿Por qué?—preguntó éste.

—Porque se hace indispensable un matrimonio para lavar una deshonra—y dirigiéndose a los dos *hermanos*, añadió:—Vengan ustedes; les necesito para testigos.

No era elocuente, pero tenía el argumento de la escopeta y le siguieron.

Al entrar en el club los dos truhanes se miraron asombrados: ¡Agustín Bell y Celia Lee eran los contrayentes!

—¡Esta señora y este caballero, desean casarse, tienen que casarse!...—exclamó el pigmeo—. Pero entonces intervino Rubí y dirigiéndose a Agustín gritó descompuesta:

—V. no puede casarse con esa señora.

—¡Cállese Vd!—gritó el enano—. Los testigos no hablan si no se les pregunta.

El pastor no salía de su asombro y miraba alelado a todos los actores de aquella singular escena.

—Esperen Vds—intervino Rubí—. Yo he sido antes seducida por ese caballero y debe casarse conmigo...

—¿Es verdad eso?...—

—¡Pregúnteselo V. a él!

Pero Agustín se había adelantado a responder afirmativamente.

Silvestre se mezcló en el diálogo, fingiendo admirablemente su actitud de hermano ofendido.

—¡Oblíguele V.!

—Entonces este señor—gruñó triunfante el enano—debe casarse primero con la rubia y después con la morena.

—¡Que atrocidad!—dijo el evangélico.

Celia abandonó su puesto al lado de Agustín ocupándolo Rubí en su lugar.

Bell preguntó a su novia:

—¿Pero este señor, es un verdadero pastor?

—Seguramente, amor mío. Quedaremos casados, con toda legalidad.

Y ya se disponía el sacerdote a iniciar la ceremonia, cuando dos nuevos personajes hicieron irrupción en la estancia.

Eran Pete y el "sherif" de Colina.

—¡Alto! ¡Deténganse todos!...—gritó el primero—. Esta pájara rubia es la mujer de ese granuja—y señalaba a Silvestre—. Son tan hermanos como David y Goliath...

Estos modernos personajes bíblicos, al verse totalmente descubiertos, trataron de huir, lo que impidieron Bill y su compinche, con sus escopetas redentoras.

—Se dedican a cazar maridos incautos, escapándose a los pocos días con los fondos.

—¿Ves como tenía razón?—exclamó Celia.

—¡De buena me escapé!—contestó Bell.

—Esta es la ocasión de enmendar los desaciertos del Tribunal de Reno—concluyó Pete—. Haga V. que se casen.

—Desde luego. Yo no me voy de aquí sin casar a alguien—dijo con énfasis el enano—. Justo castigo por haber navegado en aguas prohibidas.

Y ante la desesperación de los Standish, el pastor pronunció las palabras de ritual:



—*Se dedican a cazar maridos incautos.*

—“Yo os declaro marido y mujer.”

—Enhorabuena, valiente señora —dijo Pete, dirigiéndose a Celia—. Si todas fueran como V. se evitarían muchas calamidades.

Ya a solas en un rincón Celia y Bell, preguntó éste:

—¿Y todo esto lo has hecho nada más que con la intención de salvarme?

—Sí, Agustín. ¡Yo no podía consentir que nadie te hiciera desgraciado... más que yo!

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
JOHN BARRYMORE

PRÓXIMO NÚMERO:

La sugestiva comedia americana

CONTRABANDISTA DE AMOR

Por Dorothy Devore y Herbert Rawlinson

Postal-obsequio: **ELINOR FAIR**

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes

Precio: **30** cts.

LEA USTED

¿CHICO O CHICA? Por Carmen Boni
en la Biblioteca **LOS GRANDES FILMS**

y

NANTAS, el hombre que se vendió

Por Lucienne Legrand y Donatien
en las

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA